

## El concepto de Sí Mismo en los tartamudos

Van Riper, Charles (1971). **The Nature of Stuttering Cap. 8.** New Jersey: Prentice-Hall, Inc.

La noción de concepto de sí mismo es algo que no nos gusta. Es muy difícil darle sentido a la abstracción. Dado que el término *concepto de sí mismo* se ha usado vagamente y de tantas maneras, es difícil estar seguros de que realmente nos comunicamos al usarlo. Existen varias teorías psicológicas del yo, desde la de Moore (1921), que veía el yo como la suma organizada de todas las experiencias pasadas del individuo, hasta la de Rogers (1954) que afirma que "el yo es el que el individuo mismo percibe, es decir, sus atributos, sentimientos y conducta según se observan subjetivamente y se les da lugar en el conocimiento" (p. 85); aunque para William James (1890) la experiencia del yo no era más que un complejo de sensaciones kinestésicas y orgánicas. Schilder (1950) puso énfasis en la imagen corporal, pero no dejó de lado el papel determinante de la emoción y de la evaluación en la percepción de sí mismo. Con respecto a la imagen corporal, dice:

*La imagen del cuerpo humano es la forma en que concebimos nuestro cuerpo en nuestra mente, es decir, como lo vemos nosotros mismos. Son sensaciones que aprendemos. Vemos partes de la superficie corporal. Tenemos impresiones de tacto, calor y dolor. Son sensaciones que provienen de los músculos y su cubierta que indican la deformación de aquel; de la inervación de los músculos y de las vísceras. Pero más allá de esas impresiones, existe la experiencia inmediata de que hay una unidad, un modelo postural del cuerpo (p.11).*

Otros han enfatizado las relaciones sociales, la identidad, la continuidad y la evaluación como aspectos del concepto de sí mismo. Muchos escritores critican que se quiera presentar el concepto de sí mismo como una unidad; insisten en que tenemos tantos yo como relaciones significativas. Otros han dicho que tenemos conceptos del "yo real" y conceptos del "yo ideal". Lowe (1961) hizo una revisión literaria en un artículo titulado "*Self-Concept: Fact or Artifact?*" (El concepto de sí mismo, ¿reali-

dad o invento?) sin llegar a una conclusión definitiva. Sin embargo, a pesar de no estar muy ligados con el tema, dedicaremos un capítulo entero al concepto de sí mismo de los tartamudos puesto que es ideal para hablar de cierta información de gran importancia. Un terapeuta debe lidiar con mucho más que el lenguaje del tartamudo, que es una persona con problemas de identidad, rol, imagen corporal, entre otros, por lo que debemos tratar de entenderlo. Tenemos que tratar de restringir un poco nuestro uso del *concepto de sí mismo* a conocimiento de sí mismo, identidad de sí mismo y auto evaluación, aunque probablemente no nos estemos restringiendo mucho.

En la literatura sobre la tartamudez se consiguen muchas afirmaciones de que existe una "personalidad tartamuda" única, aunque ninguna de las revisiones de investigaciones lo haya demostrado. No obstante, si bien los tartamudos muestran una gran variedad de patrones de personalidad, quizás tantos como la población que habla normalmente, no cabe duda de que la persona que dice de sí misma "soy tartamuda" formula su concepto de sí mismo de una manera que implica una desviación compulsiva. Decir algo así de sí mismo es tan fuerte como cuando un consumidor de heroína se dice por primera vez "soy drogadicto". Zelen, Sheehan y Bugenthal (1954), entre otros, demostraron esta identificación de sí mismo como miembro de un grupo minoritario y desviado. Cuando se desarrolla la tartamudez, llega un momento en que, como resultado de su frustración comunicativa y del rechazo social del que es objeto, el tartamudo se etiqueta a sí mismo como tal. Una y otra vez, siente esa marca. Se le clasifica y se le agrupa con otras personas con problemas del lenguaje. Con esa etiqueta, se le identifica como pervertido. Es un mal rato por el que deberán pasar repetidamente. Wendel Johnson (1946) lo plantea vivamente:

*Si uno nunca ha sido visto como tartamudo, es difícil que pueda siquiera apreciar el inexplicable y aplastante poder de la desaprobación social sobre lo que sea que se considere tartamudo. Probablemente sea una de las influencias más espantosas, desconcertantes y desmoralizantes de nuestra cultura (p. 458).*

En varios países se han organizado muchos grupos y asociaciones de tartamudos con el fin de ofrecerles oportunidades de interacción social y minimizar la desviación. Sin embargo, muy pocos han perdurado por largo tiempo, quizás a causa

del estigma, más que alivio, que se siente cuando se hace una identificación pública. Muchos de los líderes de esos grupos, especialmente los que tienen relativamente más fluidez, pero altos grados de miedo circunstancial, explotan el resto de sus compañeros que hablan con menos fluidez dominando las reuniones del grupo. Nuestra experiencia nos ha enseñado que también tienden a ser muy punitivos. En consecuencia, a pesar de su soledad, los tartamudos severos pronto encuentran la situación intolerable, y, a menos que aparezcan nuevos miembros, se rompe el grupo. Tenemos conocimiento de dos excepciones, una en Suecia, el *Plus Club*, y el *National Council of Adult Stutterers* (Consejo Nacional de Adultos Tartamudos) en Washington D.C., que han existido por muchos años, y puede que haya otros. A diferencia de las prolíficas asociaciones de otras desviaciones, como las de ciegos, lisiados, retrasados mentales o personas con problemas auditivos, cuyo problema es obvio y permanente, las agrupaciones de tartamudos se basan en una desviación intermitente, fácil de esconder y penalizada socialmente, por lo que estas asociaciones tienden a ser inestables. Sobre este punto French (1966) escribe:

*El hecho, y esto es importante, es que los tartamudos no soportan la compañía de otros tartamudos. Para ellos no puede haber un equivalente del rally automovilístico de inválidos o el bar homosexual... Los tartamudos no se necesitan los unos a los otros, por el contrario, como dijimos antes, buscan y admiran al que habla con fluidez, como Dios le dijo a Moisés que usara a Aarón y como quien necesita permanentemente a un compañero refinado y agradable (p. 74).*

En realidad, el tartamudo se siente bastante normal excepto cuando habla, siempre y cuando no lo haga sin tartamudear. Al tartamudo leve, como pronto descubren los especialistas, generalmente le cuesta incluso mirar a otro tartamudo, sobre todo si es severo. Aunque se clasifica como tartamudo, se siente un poco orgulloso o cómodo con el hecho; y sus intervalos de fluidez dificultan que se identifique con el grupo de tartamudos.

### **La imagen corporal**

La base del concepto de sí mismo es la imagen corporal. Nuevamente se hacen presentes el conflicto y la ambivalencia. Cuando se encuentra en silencio, el tar-

tamudo no muestra ninguna diferencia que revele su desviación. Cuando habla, sus contorsiones faciales, posturas anormales y esfuerzo de pronto presentan una imagen muy extraña, no sólo para los demás sino para sí mismo. Una joven y hermosa tartamuda dijo:

*Preferiría ser ciega o sorda, o tener una inmensa marca de nacimiento en la cara, o ser calva en vez de ser tartamuda. Así siempre tendría el problema y me acostumbraría. Nunca podré aceptar una cara que se muestra sólo a veces y de pronto y hace sonidos horribles. ¿Cómo se puede aprender a soportar algo que va y viene tan erráticamente?*

Otro dijo: "Es como si mi cuerpo cambiara de color. Está bien, pero de repente se vuelve negro o púrpura. Así se siente tartamudear".

Como Shearer (1961) afirmó, en el tartamudo avanzado se pueden presentar imágenes corporales conflictivas. Cuando guarda silencio o habla con fluidez se ve tan bien como cualquier otra persona. A diferencia del lisiado, la imagen que presenta a los demás en esos momentos no muestra ninguna desviación. Es sólo cuando tartamudea que se convierten en un "monstruo", como dijo uno de nuestros casos. Sólo entonces aparece su desviación.

La imagen corporal se desarrolla a través de la evaluación de los demás, de los adjetivos que usan y de los comentarios que hacen sobre nosotros. Un tartamudo dijo que cuando tenía nueve años un niño le había dicho que se veía como un cerdo cuando tartamudeaba. Sus labios hacían un movimiento saliente cuando pronunciaba los sonidos bilabiales, pero su imagen corporal era más importante. "Cuando tartamudeo no tengo boca, sino un hocico. Me veo horrible". En nuestra opinión, una investigación de clasificación Q, que seleccione elementos de un universo conformado por la imagen corporal arrojaría muchos datos.

Hemos reunido los auto retratos de muchos niños tartamudos. Algunos eran normales, pero otros mostraban rostros sin boca o con garabatos negros en su lugar, uno mostraba una sustancia que parecía excremento saliendo por los labios y en algunos dibujos la cabeza no tenía orejas. Las anormalidades se presentaban en su mayoría en la boca, mientras que el resto del cuerpo lo dibujaba con un aspecto normal. Fitzpatrick (1959) hizo que tartamudos adultos se dibujaran mientras habla-

ban y que dibujaran al hablante ideal. Se encontraron marcadas diferencias, muchas relacionadas con la expresión facial. Los auto retratos mostraban claras distorsiones. Los dibujos proyectivos en los estudios de Wishner (1952) y de Sheehan, Cortese y Hadley (1962), aunque se usaron para probar otras hipótesis, tenían distorsiones en las regiones de la boca. Según Schilder (1950), cuyo trabajo sobre la imagen corporal es aún clásico, la percepción de nuestro propio cuerpo se enfoca en las áreas alrededor de las aberturas. Sin lugar a dudas, la tensión y los movimientos espasmódicos que experimentan los tartamudos avanzados tienen mucho que ver con que centren un conocimiento de anormalidad en la región bucal.

También debe explicarse el descubrimiento común de que muchos tartamudos no pueden describir con exactitud que hacen sus bocas cuando tartamudean. Les cuesta hablar, o hacer una imitación, del comportamiento anormal de la boca, incluso inmediatamente después del momento de tartamudear. Necesitan mucha práctica para poder hacerlo. La percepción parece expresarse en términos de afecto, de aflicción generalizada. Muchos tartamudos y observadores de tartamudos han notado que ocurre una disociación al momento de tartamudear. Durante el esfuerzo y la contorsión de la tartamudez, ocurre una especie de pérdida de la memoria, una falta de percepción, una pérdida del conocimiento. Un tartamudo dijo: "Cuando me quedo trabado y mi boca comienza a moverse de un lado al otro, salgo de mi piel y vuelo y me siento en un limbo hasta que la palabra finalmente sale. Entonces regreso". En los tartamudos muy severos, la disociación es tan extrema que parece un episodio psicótico. Al parecer, es probable que esta negación de la imagen corporal, aunque transitoria, tenga un profundo efecto en la integración de los componentes del concepto de sí mismo.

El cuerpo no es estático, y es la imagen corporal la que brinde continuidad al cuerpo en movimiento. La imagen corporal del tartamudo, la esencia de su identidad, no provee esa continuidad. Por el contrario, cambia bruscamente entre lo normal y lo anormal, y su inseguridad básica es en gran parte resultado de esa inconsistencia. Los tartamudos usan varias estrategias para minimizar la aflicción causada por estos cambios en la imagen corporal. Algunos tratan de reforzar la imagen normal cuidando excesiva e incesantemente su apariencia personal. Hemos llegado a apodarlos

"Dr. Jekyll tartamudo" y para los que niegan el problema "Sr. Hyde". Los especialistas deberían ver si un tartamudo usa esta estrategia antes de pedirle que se mire en el espejo o si la usa para mantener contacto visual con sus oyentes cuando tartamudea. Estos tartamudos resistirán y sabotearán estas asignaciones a menos que se usen primero cuidadosos procedimientos de insensibilización. Les cuesta mucho afrontar su tartamudez como un problema. Tienden a negarlo, a encubrirlo, cierran los ojos o evaden la mirada cuando se bloquean, intelectualizan acerca de su desorden en términos abstractos, muestran una marcada conducta de evasión. El especialista debe entender que la confrontación de sí mismos de la conducta tartamuda plantea para estas personas una amenaza real al fundamento de sus identidades. No debe entenderse que debería evitarse a los tartamudos toda confrontación que requiera la terapia, sino que el médico debe entender la profunda naturaleza de la resistencia. Como escribe Shearer (1961):

*Cuando se enfrentan a grabaciones de su propia tartamudez, se asombran y se horrorizan. Cuando se les pide que se vean en el espejo y tartamudeen, muestran claramente desgano y resistencia. Un caso dijo que se sentía "como el Dr. Jekyll viendo de pronto al Sr. Hyde" (p. 115).*

Otros tartamudos resuelven su dilema de la imagen corporal del modo opuesto. Magnifican sus momentos de tartamudez. Hacen su sufrimiento visible, casi gozan en su miseria verbal. Los informes de su malestar muestran una morbosidad tan extrema que llega a parecer patológica. Abren sus viejas heridas una y otra vez para revivir el dolor. Cuando fingen tartamudear lo hacen exageradamente. Acentúan teatralmente las reacciones negativas de sus oyentes. De hecho, acostumbran mirar a su interlocutor de cerca buscando cualquier señal de rechazo. Siempre que conseguimos tartamudos que establecen un buen contacto visual, tratamos de encontrar evidencia de esta suspicacia. La mayoría de sus conductas tartamudas consisten en reacciones de esfuerzo, contorsiones faciales y recursos para interrumpirse. Estos "Srs. Hyde tartamudos" evitan las situaciones más que las palabras. Generalmente prefieren estar desarreglados, incluso sucios. Se resisten a que el terapeuta les dé confianza; sus aspiraciones son muy pobres. Les cuesta reconocer que la fracción de fluidez de su discurso puede ser importante. Le quitan toda importancia a sus éxitos

y llevan sus fracasos al máximo. Sus recaídas son repentinas, severas y frecuentes. Una vez más, el especialista debe entender esta conducta en términos del problema con la imagen corporal. Estos tartamudos no quieren ser apartados por la fluidez intermitente.

Desde luego, estamos describiendo casos extremos. La mayoría de los tartamudos se encuentran en alguna situación intermedia. Además, un individuo puede tener progresos y retrocesos en un continuo de identificaciones de sí mismo y, durante la terapia, pasar de su posición original a la opuesta. Un tartamudo que cambia de esta manera tiene un pronóstico más favorable que el que no cambia. La tarea del terapeuta es ayudar al tartamudo a reconciliar sus dos imágenes de sí mismo y crear una integrada. Nuestra solución para este conflicto, al principio de la terapia, es promover la imagen de un tartamudo que hable fluidamente con un mínimo tolerable de anormalidad cuando ocurra y una apreciación apropiada de la fluidez que siempre existe y puede facilitarse. Así, durante la terapia, se soluciona el problema de identidad al menos temporalmente.

### **El aspecto social del concepto de sí mismo del tartamudo**

Nuestros conceptos de nosotros mismos contienen mucho más que la imagen corporal. También incluyen nuestra noción de cómo nos ven los demás. Construimos nuestra identidad personal internalizando las reacciones y evaluaciones de las personas que son importantes en nuestras vidas: padres, hermanos, parejas, amigos, jefes y compañeros de trabajo. Muchas veces, lo que creemos ver en los ojos de los demás determina quiénes y qué creemos ser. Vivimos en una telaraña de relaciones humanas y allí debemos encontrar nuestra identidad. Las fuerzas que afectan cualquier parte de la red también halan y distorsionan nuestra parte y no podemos olvidar que, lamentablemente, en la mayoría de las telarañas se encuentran arañas.

La conducta anormal de lenguaje del tartamudo se basa en gran medida en las evaluaciones de los demás y en la manera en que él las percibe. Si los padres reaccionan con ansiedad o rechazo ante la falta de fluidez, entonces el tartamudo desarrollará conductas de evitación y esfuerzo, lo que indica que ha aceptado esos juicios de valor. Si a los demás se les hace difícil hablar con él, entonces pronto se le

hará difícil hablar. Los conceptos del yo emergen de la interacción social. Incluso, nuestra imagen corporal se ve afectada por el modo en que los otros responden ante ella, como lo evidenció la revisión de incapacidad física de Wright (1960). Sin embargo, en un sentido más amplio, también vemos nuestra identidad en términos de nuestra posición social como la definen los demás y en términos de los roles que desempeñamos en los grupos sociales a los que pertenecemos.

### **La posición social del tartamudo**

Dado que la organización de los grupos sociales depende de la comunicación, la tartamudez deteriora la habilidad de una persona para encontrar o mantener un lugar satisfactorio en una sociedad como la nuestra. En nuestra cultura, la posición social se determina en gran parte por la ocupación, educación y evidencia de éxito medido por la riqueza y las posesiones y por el número de personas sobre las cuales se tiene autoridad. La comunicación efectiva aumenta el prestigio en todos estos aspectos, y la tartamudez, cuando es severa, indudablemente interfiere.

Para muchas ocupaciones se requiere un lenguaje efectivo, y este hecho descarta a los tartamudos o al menos hace muy difícil su participación. Un tartamudo que quiera ser profesor, vendedor o terapeuta del lenguaje debe superar grandes barreras. No se han estudiado minuciosamente las elecciones profesionales de los tartamudos, pero en general la evidencia indica que usualmente escogen carreras en las que la falta de fluidez no ponga en peligro su éxito, pero no son necesariamente las profesiones que ellos prefieren. De hecho, como sostiene Barbara (1954), suelen verse a sí mismos como gigantes encadenados. Sueñan con logros verbales perfeccionistas (el complejo de Demóstenes) y con frecuencia se preparan de un modo no realista para profesiones para las que obviamente no están capacitados. Aunque también es cierto que algunos tartamudos con talento, suerte y gran motivación han llegado a tener éxito en todas las ocupaciones. En efecto uno de los vendedores más exitosos que hayamos conocido era tartamudo severo. "Tenía una ventaja sobre los demás vendedores", decía, "la gente con la que tenía contacto nunca me olvidaba. He aprendido a hacerlos sentirse cómodos y a veces, cuando se sienten muy frustrados por mi tartamudez, hacen la compra sólo para librarse de mí". Es la excepción



que confirma la regla. A muchos tartamudos, si no a la mayoría, se les niega la posición social que acompaña a las profesiones y ocupaciones más prestigiosas.

Pero por supuesto, la posición social no siempre se determina por la riqueza o la ocupación. Los chinos hacen la distinción entre dos tipos de posición: *mien* y *lien*. Cuando conservan la *mien* (cara) preservan la reputación de la familia; cuando conservan la *lien* (también cara) protegen su identidad y reputación personales. Ambos tipos de posición se ven afectadas por la tartamudez. Hemos trabajado con tartamudos chinos y japoneses y hemos encontrado que las mayores dificultades están relacionadas con la *mien*. Un tartamudo chino que no soportaba verse tartamudeando en video o siquiera escucharse en un cassette dijo: "Cada vez que tartamudeo, diecinueve generaciones de ancestros lloran en sus tumbas". Un tartamudo negro dijo:

*Cuando tartamudeo, ustedes se vuelven más blancos y yo más negro. Cuando tartamudeo frente a un hombre blanco, avergüenzo a toda mi raza. Si tan sólo pudiera deshacerme de mi raza, podría controlar mi boca".*

La hija de un millonario dijo que había evitado prácticamente todo contacto con sus "inferiores sociales", aunque a un considerable costo de esfuerzo e ingenio:

*En mi medio, cuando tartamudeo, nadie parpadea. Todos fingimos que no ha pasado nada. Nobleza obliga; usted sabe, la educación y la vieja historia del traje del Emperador. Pero cuando le he hablado a los vendedores mientras hago compras o incluso al chofer o al jardinero, dejan de hacer lo que estaban haciendo o me miran fijamente o con lástima y eso no lo puedo soportar. Así que encuentro la manera de no hablarle a nadie que no pertenezca a mi clase.*

Un exitoso hombre de negocios dijo:

*Si sé que puedo echarlos o comprarlos, no me importa tanto mi tartamudez y no tartamudeo tanto. Yo estoy arriba y ellos abajo. Me importa un comino lo que ellos piensen. Son mis iguales los que me molestan.*

El último extracto ilustra un aspecto importante en la dinámica del estatus de la tartamudez. Como han demostrado Sheehan, Hadley y Gould (1961), los tartamudos generalmente tienen más problemas para hablarle a las figuras de autoridad o superiores que a las personas sobre las que tienen alguna autoridad. De los últimos no esperan tanto rechazo y, en todo caso, no es tan importante. Muchos tartamudos

lo saben bien. Les hacen a los demás favores que no les han pedido para ponerlos en deuda; en el trabajo, en la familia o en la clínica, hacen el trabajo forzado, de modo que se contraen obligaciones con ellos. Hemos visto a algunos tejer complicadas redes para atrapar gente que les deba favores de manera que puedan ser aceptados si no tolerados por su falta de fluidez. Los especialistas siempre deben estar conscientes de esta tendencia y tener cuidado de no caer en esa trampa de sumisión.

### **Identidad social y control social**

La auto evaluación depende sólo en parte de la posición social determinada por la posición familiar, ocupación, riqueza o subalternos. También depende de las actitudes y evaluaciones de las personas que nos importan y con las que interactuamos diariamente. Sus expectativas representan poderosas fuerzas que configuran nuestro concepto de nosotros mismos positiva o negativamente. No todas las personas con las que interactuamos tienen la misma importancia dentro de ese proceso, pero en cada vida, siempre hay algunos grupos y personas especiales cuya aceptación, aprobación o rechazo son significativos y relevantes en cómo nos vemos a nosotros mismos.

Desde luego, uno de los grupos más importantes es la familia. Una gran cantidad de investigaciones, algunas con conclusiones conflictivas, se han centrado en las reacciones paternas ante la tartamudez. Por lo general, apoyan la creencia común de que los padres tienden a interpretar la tartamudez como una conducta nociva y responden negativamente a ella. Kinslet (1961) demostró cuán importante puede ser el rechazo encubierto, y las autobiografías de la mayoría de nuestros tartamudos dan fe de los traumáticos efectos de esta clase de reacciones paternas. Han sufrido rechazo, castigos y burlas. Han sido abofeteados y obligados a comer en la cocina cuando hay invitados. Su tartamudez ha causado conflictos familiares. Sus hermanos los han fastidiado. A otros niños tartamudos sus padres los han consentido o sobreprotegido, de hecho, casi los han encerrado en una cápsula para evitarles el castigo de la sociedad. A causa de esta situación, los otros niños en la familia pueden desarrollar un resentimiento por celos que pueden manifestar de muchas maneras diferentes. En algunas familias, la tartamudez no se menciona o nunca se responde

abiertamente a ella, aunque las reacciones negativas encubiertas de los familiares son bastante obvias. Cuando un tartamudo está consciente de su problema, la familia conspira con un silencio que lo hace sentir que su tartamudez es tan mala que ni siquiera puede mencionarse. Estas reacciones tienen consecuencias en los conceptos de sí mismos aún moldeables de esos niños. Los hacen sentirse anormales y socialmente sucios, los hacen sentirse desviados.

Otros grupos y personas importantes se encuentran en el jardín de juegos y en la escuela. Aunque no se ha investigado a fondo este punto, numerosas anécdotas indican que la burla, la imitación y el rechazo son experiencias comunes para el niño tartamudo. Brook (1957), un terapeuta británico, escribe:

*"...tartamudear es visto como un "tabú social", "algo sucio", "algo que es simplemente inaceptable". Esta actitud parece ser común en la mayoría de los países y debe haberse transmitido desde la antigüedad. Pero no es tan simple como para explicarse sobre la base de sentimientos que pasaron de padres a hijos. Parece ser algo inherente a todos nosotros (quizás emerge de nuestro inconsciente racial) que nos hace ver la tartamudez, o ver a alguien resbalándose a causa de una concha de cambur, como algo gracioso.*

La tartamudez es un estímulo, es visible y audible. Dado que interfiere en las narraciones de la escuela y en los juegos sociales de los niños, llama la atención negativamente, y pocos tartamudos salen ilesos de la burla y el maltrato de sus compañeros. En el salón de clases o en el jardín de juegos, el niño tiene que arreglárselas solo. Allí no hay padres que lo protejan; siente toda la fuerza de los controles sociales contra la desviación.

En la adolescencia, los problemas del tartamudo se duplican. Por más que intente adaptarse a las costumbres de vestido, peinado y rebelión de sus contemporáneos, le cuesta mucho defenderse en la interacción verbal rápida que es tan importante para este grupo. Generalmente los adolescentes son los casos más difíciles para los médicos. No pueden afrontar su problema de tartamudez el tiempo suficiente para hacer algo al respecto. Resisten que los señalen. Quieren la seguridad que les da pertenecer a un grupo con una intensidad que es casi irresistible.

En la edad adulta, los grupos y personas importantes son aquellos relacionados con la compañía sexual, el matrimonio y la profesión. Aquí el tartamudo también siente la fuerza de la evaluación negativa. Generalmente escoge una pareja que evalúa su lenguaje con una tolerancia inusual, alguien movido por la inseguridad o el juicio de valor para buscar un esposo o esposa que no represente una amenaza.

*Por casualidad, hace dos años trabajé con tres muchachos y una muchacha, todos a punto de casarse. Me impresionó el hecho de que, según los cuatro, ellos nunca tartamudeaban con sus futuros cónyuges. ¿Es de suponer que escogieron compañeros con los que hablaban con fluidez? ¿Acaso la emoción del amor juvenil borraba el miedo? ¿O estaban evaluando su lenguaje a través de un cristal color de rosa?*

Existen muy pocas investigaciones sobre los esposos y esposas de tartamudos, y sería más interesante descubrir las bases de la elección marital. Pocos tartamudos, especialmente los que han estado en clínicas del lenguaje, se casan con otros tartamudos, pero por lo general, buscan parejas que puedan aceptarlos como son y protegerlos del trauma y la presión de la comunicación. Hemos visto algunos muy buenos matrimonios que satisfacen estos criterios.

### **El estigma de la tartamudez**

Como resultado final de todas esas reacciones negativas de parte de personas y grupos importantes en su vida, el tartamudo generalmente llega a concebirse no sólo como un hablante deficiente, sino como alguien indeseable y reprehensible. La sociedad clasifica a las personas según sus parámetros normativos de conducta. En la comunicación, una función esencial para la cohesión de un grupo, el tartamudo viola las normas. Su tartamudez es una característica que lo hace diferente a los demás de un modo indeseable. Ese tipo de particularidad que resta prestigio es lo que los sociólogos llaman estigma. Es una valencia negativa de conducta que los miembros de una sociedad aplican a una desviación.

Sin embargo, la tartamudez es sólo una de las tantas características de una persona dada. Un tartamudo puede ser alto y bien parecido o muy atlético. Puede ser un buen bailarín, un fino escritor o un brillante científico. Todos tenemos rasgos que

nos caracterizan, algunos son ventajosos y otros desventajosos. Algunas personas nos aceptan o nos rechazan primero sobre la base de sus propias necesidades en una situación de relación particular, y luego sobre la base de una suma algebraica de nuestras virtudes y nuestros defectos. Aunque la tartamudez es considerada una especie de estigma, el tartamudo puede tener atributos muy valorados por quienes conoce, los cuales le permiten ser aceptado en un grupo a pesar del estigma. Quizás no pueda unirse al equipo de debates de la universidad por la importancia que ese le da a la fluidez verbal, pero podría entrar fácilmente al equipo de basketball si lanza bien o si mide más de 2,50 mts. Sin embargo, debería destacarse que dado que la mayoría de los grupos mantienen la cohesión por medio de la comunicación, se requiere una inmensa cantidad de virtudes para anular el efecto de la tartamudez. Este estigma es tan penetrante que generalmente hace que el tartamudo acentúe este rasgo de su personalidad de tal modo que matiza totalmente su concepto de sí mismo. Sin importar cualquier otra cosa que sea, y seguramente es muchas cosas, suele considerarse antes que nada un tartamudo. Él es el Antiguo Marinero y la tartamudez es su albatros.

Una vez que un tartamudo se define a sí mismo como tal, como alguien perteneciente a una categoría especial de personas, ese nuevo rol cambia sus percepciones en muchas formas. No es simplemente un muchacho, un hijo, un atleta, un estudiante ni ninguna otra cosa. El adjetivo "tartamudo" sigue a cualquier definición. El papel de tartamudo penetra e influencia todos sus otros roles debido a la importancia del lenguaje en las relaciones sociales. Cambia sus expectativas de los otros y de sí mismo. La investigación sobre sus aspiraciones indica que, con algunas excepciones, los tartamudos aspiran a alcanzar posiciones más bajas que aquellas a las que aspiran los hablantes normales, no sólo en lo referente al lenguaje, sino también en otras actividades. Cuando uno se percata de que el tartamudo trata de hablar fluidamente cientos de veces al día sin lograrlo, entonces uno comprende la situación. La influencia acumulativa de este fracaso repetido y las muchas veces que se ve privado de hablar tienen un efecto profundo en su auto estima. La impotencia, la desesperanza y la falta de valor por sí mismo dominan su vida.

Cuando un tartamudo asume su rol como tal, las consecuencias pueden ser devastadoras. Surgen los problemas de identidad. Intentan fingir y asumir roles falsos, adoptar pseudo identidades y fracasan al exponerlos. En su lugar, aparecen la auto alienación, la negación, el desconocimiento con odio por sí mismos, la depresión o las fantasías de auto glorificación. "Si tan sólo no fuera tartamudo...", decía el gigante sintiendo sus cadenas. "Si tan sólo pudiera hablar", cantaba el tordo ermitaño. Obsesionados por la necesidad de evitar que les hagan daño, algunos tartamudos se apartan de la interacción social para sanar sus heridas y construyen barreras de las que más adelante serán prisioneros; o van corriendo y se les pegan como sanguijuelas a los pocos compañeros que no los maltratan. Existen cientos de patrones de conducta que resultan de la aceptación del rol de tartamudo. No podemos mencionarlos todos, pero un médico competente aprende rápidamente a diagnosticarlos y evaluarlos cuidadosamente.

### **La visibilidad del estigma**

Quienes estudian la incapacidad física y la deformidad tienen un concepto que deberíamos considerar en este trabajo. Se trata de la "visibilidad". Un estigma se evalúa según su visibilidad o prominencia. Puede haber una marcada diferencia entre un tartamudo y otro en términos del concepto de visibilidad y audibilidad. Un solo y largo bloqueo, acompañado de contorsiones faciales extrañas, sacudidas de la quijada y movimientos de las extremidades, aunque lo sigan 500 palabras pronunciadas con fluidez, constituye un estigma más "visible" que 50 prolongaciones cortas o repeticiones de un sonido emitido sin dificultad. Los tartamudos aprenden rápidamente ese hecho y muchos escapan de las consecuencias de la tartamudez gracias a complicados rituales de evitación y "ocultando" su tartamudez. Freund (1935) y Douglas y Quarrington (1952) describieron muy gráficamente a estos tartamudos. Le hicimos una pregunta a un tartamudo y tuvimos que esperar varios minutos antes de que respondiera. Su rostro permanecía totalmente inexpresivo. No mostraba ningún intento de hablar, aunque una leve tensión de los músculos del cuello indicaba que había escuchado. Al final, de pronto dejó salir la respuesta y dijo: "esa estuvo larga y difícil". Los tartamudos que han ocultado su problema parecen sufrir más que los

que tienen una conducta abierta. Ellos operan comunicativamente en un estado de tensión y vigilancia. Las largas pausas afligen no sólo a quienes los escuchan, sino a ellos mismos. Pero logran mantener su estigma de tartamudez bastante invisible e inaudible haciendo trucos. Es muy difícil para el especialista ayudar. Resulta interesante que Douglas y Quarrington encontraron que la mayoría de sus tartamudos que habían ocultado el problema provenían de familias que luchaban por escalar posiciones.

### **Evaluación social y reacciones ante la tartamudez**

Más allá de las reacciones personales de los demás ante la tartamudez, que ya hemos considerado, existen numerosas creencias estereotipadas con respecto al desorden; y la mayoría de los tartamudos llegan a conocerlas muy bien. Una de ellas es que el tartamudo es nervioso y necesita calmarse. Esta creencia probablemente se genera por la falta de fluidez que la mayoría de los hablantes normales muestran cuando se encuentran bajo tensión emocional. Los desconocidos les dicen a los tartamudos que se relajen, que se calmen. Otro de estos estereotipos es que la tartamudez es graciosa. Inevitablemente, las tiras cómicas y los dibujos animados de la televisión han explotado esa creencia, para el sufrimiento de los tartamudos que no le ven la gracia a su desorden. Los niños que hablan normalmente se burlan de sus compañeros de juego tartamudos, les ponen apodosos y les cantan canciones alusivas a su problema. Hay muchas bromas referentes a la tartamudez, incluso algunas apropiadas para una compañía educada. Existe otro estereotipo, de que el tartamudo está un poco loco, que suele reservarse para los que presentan marcadas contorsiones faciales y corporales. Hemos visto a madres sacar a sus hijos de conversaciones con este tipo de tartamudos. También se cree que tartamudear es un mal hábito, como masturbarse o chuparse el dedo, que debe castigarse inmediatamente para que no continúe. Algunos piensan que el tartamudo no es muy inteligente dado que ni siquiera aprende a hablar. Hasta los bebés aprenden a hablar. Los hablantes normales que tienen esa creencia hablan con sencillez y cuidado incluso a los tartamudos adultos y siempre con cierta condescendencia. Muchos de nuestros casos

adultos dicen que cuando tartamudean al pedir la dirección de un banco o una tienda, los oyentes casi tratan de llevarlos de la mano hacia el lugar.

Para diluir el impacto degradante que puedan tener estas reacciones de los oyentes, muchos tartamudos desarrollan intrincadas contra reacciones. Restringen su actividad social a grupos que los acepten, como organizaciones eclesiásticas (o los Boy Scouts), en los que cuentan con la protección de un líder adulto, o clubes en los que no tengan que participar activamente de forma verbal en las actividades. Cuando quieren entrar a un nuevo grupo, forman relaciones individuales con personas que más adelante patrocinen su membresía sin que se pierda la estima del grupo. Los tartamudos generalmente se resignan a una membresía fantasma, es decir, que están presentes en las reuniones, pero nunca participan. Pertenecer simbólicamente es mejor que no pertenecer a nada, y tienen mucho cuidado de no correr el riesgo de ser expulsados por abrir la boca. Se vuelven adeptos a examinar el nivel de tolerancia de su tartamudez por parte del grupo y no lo exceden.

Puede que un tartamudo que se sienta como un miembro marginal de un grupo social se esfuerce por una identificación simbólica. Puede que confine su expresión verbal al automatismo de conversaciones breves o a expresiones no proposicionales. Suele hacerse eco de lo que otros acaban de decir, comienza a hablar sólo bajo la cubierta de los ruidos de la conversación o usa muchos gestos y expresiones faciales para transmitir una impresión de su participación interesada. Puede reírse mucho e incluso hacerse el payaso o el tonto para calmar sus ansias de interacción social. Algunos tartamudos logran ser aceptados por ser buenos oyentes. Otros, por el contrario, asumen la pose de individuos taciturnos, hablando de manera concisa y casi telegráfica o comenzando a decir algo y luego fingiendo pensar y coincidiendo rápidamente con el interlocutor que termina la oración por ellos.

Hemos conocido tartamudos que se han vuelto muy adeptos a buscar entrar a nuevos grupos dominando lo que podría llamarse estrategias de divulgación. Por ejemplo, incluso antes de tartamudear, comentarían de paso o en forma de broma que son tartamudos; o después de una manifestación inadvertida de su impedimento dirían algo como "lo hice otra vez, aunque pude no tartamudear con usted.", o "Se me enredó la lengua, ¿no?". Alguno cuando fuera a pedir un empleo usaría esta ma-



niobra: "Señor, ¿podría concederme 10 minutos de su valioso tiempo para tener una conversación de un minuto? Tengo que presentarme". Otros han hecho un chiste de tartamudos para romper el hielo y desarmar al posible verdugo. Otros sonríen con calma después de un momento de tartamudez y repiten lo que habían dicho. Ellos conocen una vieja verdad, que la actitud del oyente es parcialmente determinada por la actitud del tartamudo. Si el tartamudo parece aceptar su falta de habilidad del lenguaje sin presión emocional, lo más probable es que sus oyentes también lo hagan. Los tartamudos se vuelven muy habilidosos para calcular probabilidades, para estimar las probables respuestas de los oyentes.



***Gráfico 11. Auto retrato de un niño de seis años. "Mientras hablo me siento como un monstruo. Siento que me acaloro cuando tartamudeo. A veces, siento que me voy a caer cuando hablo así".***

### **Rol de la conducta en la tartamudez**

El concepto de sí mismo puede esquematizarse visualmente como una masa en forma de mora. El núcleo es la imagen corporal, y alrededor de ese centro se encuentran agrupados los diversos roles que asume la persona. Algunos de estos roles son las protuberancias de nuestra mora del yo. Los contornos salientes cambian con el tiempo a medida que se adquieren nuevos papeles y se descartan los viejos. Nuestras relaciones sociales en constante cambio nos exigen cambiar nuestros patrones de conducta para encajar. Nos movemos por una serie de diferentes mundos

sociales a lo largo de nuestras vidas, cada uno con ciertas exigencias conforme a las cuales adaptaremos nuestra conducta. Con frecuencia, tenemos que pedir que nos dejen entrar a nuevos grupos; ser aceptados depende de cuánto satisfagamos los criterios de pertenencia al grupo. Para los tartamudos es difícil lograrlo.

El tartamudo no vive aislado. A pesar de su dificultad para comunicarse, debe vivir en una matriz social igual que todos. Hemos conocido algunos tartamudos ermitaños, pero muy pocos. La mayoría hace lo mismo que nosotros; experimentan con nuevos roles y moldean su conducta en términos de las expectativas del grupo. Sin embargo, el impedimento comunicativo de los tartamudos hace aún más limitada su elección de roles que la nuestra. Algunos límites son impuestos por los demás; por ejemplo, nadie desea que un tartamudo sea controlador de tráfico aéreo en un vuelo que tome. Otros límites son auto impuestos. Hemos conocido niños que se rehusaron a unirse a los Boy Scouts porque sabían que tartamudearían al decir los juramentos o las leyes de los scouts, jóvenes que se negaron a ser directores de jugada en equipos de fútbol americano porque no podrían dar las señales lo suficientemente rápido, hombres que no quisieron casarse por muchas razones, todas basadas en su incapacidad para comunicarse efectivamente. Son pocos los roles sociales que no requieren hablar adecuadamente. El tartamudo pronto aprende y siente sus limitaciones.

Sin embargo, la mayoría de los tartamudos logran conseguir empleos, amigos, compañeros e hijos, a pesar de que sus elecciones (aunque no tanto para los últimos) son más limitadas que para los hablantes normales. Deben esforzarse más, tolerar un mayor rechazo inicial o aceptar una posición subordinada en un nuevo grupo. Deben crear atributos compensatorios para ser aceptados y, en general, aprender a vivir dentro de sus limitaciones comunicativas. Para un tartamudo suele ser difícil abandonar un rol una vez que lo ha dominado y ha conocido sus satisfacciones, aun cuando las circunstancias sociales lo hagan inapropiado. Por ejemplo, un tartamudo dijo haber sentido una profunda vergüenza cuando se encontró a sí mismo payaseando y riéndose mientras le contaba a un grupo de amigos que su hermano acababa de matarse en un accidente automovilístico. Por mucho tiempo, había usado el humor y los trucos para ganar la aceptación en un grupo. Conocemos a un

científico tartamudo que arruinó uno de nuestros viajes de pesca al río Gunninson en Colorado porque no podía hablar de otra cosa que no fuera física nuclear, ni siquiera después de caerse en un hoyo y llenarse los oídos de agua. Somos de la impresión general de que mientras más severo es el tartamudo, son menos los roles que puede emprender. Perseverar en una conducta inapropiada puede deberse en gran medida a la rigidez de rol creada por la tartamudez.

Al mismo tiempo, el tartamudo también es propenso a actuar. A pesar de su dificultad para desempeñar los nuevos roles que le exige la sociedad, la mayoría de los tartamudos hablan con más fluidez cuando escapan de su concepto real de sí mismos asumiendo falsos roles. Hemos conocido tartamudos que se hacen pasar por policías, sacerdotes, visitantes de tierras lejanas, y hablan con total fluidez mientras interpretan esos personajes. Algunos actores y actrices de gran éxito han sido tartamudos severos excepto sobre las tablas o en la pantalla. Algunos tartamudos son clérigos que tienen fluidez sólo en el púlpito o cuando visten sus ropas de sacerdocio. Al desempeñar falsos roles, estos tartamudos se liberan temporalmente de sus historias de tartamudez, de su yo tartamudo. Alterando su lenguaje y negando su identidad, escapan del control del estímulo egocéntrico para el cual se ha condicionado gran parte de su conducta de tartamudez. No obstante, el riesgo de posible exposición a veces crea su propia ansiedad y se convierte en más tartamudez. Pocos tartamudos son capaces de desempeñar esos falsos roles por tiempo suficiente para incorporarlos en sus conceptos reales de sí mismos.

Resulta interesante que algunos tartamudos cuando se encuentran en una situación no familiar, o como resultado de terapia, y son capaces de hablar muy fluidamente, experimentan la misma ansiedad a la exposición que cuando desempeñan falsos roles. Para estas personas, el concepto de sí mismo ha sido tan matizado por la tartamudez que una fluidez prolongada e insuperable se vive como algo casi traumático. Un rol es un patrón consistente de conducta en un contexto social. Su uso es gobernado en primer lugar por las expectativas del grupo. Por años, el tartamudo adulto ha vivido en grupos que esperan que tartamudee y ahora de pronto no lo hace. Aunque se siente aliviado también se siente extraño. De algún modo, la integri-

dad de su yo se siente amenazada por esa repentina fluidez. No se siente como él. Un tartamudo dijo:

*¡Gracias a Dios! Me alegra que ese período de falsa fluidez haya terminado y que yo vuelva a ser el mismo tartamudo de siempre. La presión se estaba haciendo insoportable. Pensaba que cada nueva oración, cada nueva palabra que pronunciara saldría de pronto con el horrible tartamudeo de antes, y cuando eso no ocurría, la presión crecía. Me sentía como un impostor hablando tan fácilmente y sabía que no podía durar. Puede que parezca extraño, pero ahora que he recaído, me siento más tranquilo, más íntegro, aunque lamento que haya terminado.*

Los especialistas deben lidiar con más que el lenguaje de los tartamudos.

### **Investigación sobre el concepto de sí mismo**

La investigación sobre los conceptos de sí mismos de los tartamudos es escasa. Una remota investigación a través de cuestionarios, entrevistas y autobiografías realizada por Johnson (1932) para estudiar las características de la personalidad del tartamudo demostró que existía una gran variedad de patrones de personalidad entre sus casos. Uno de los primeros experimentos relacionados con el problema, usando la técnica de clasificación Q, aplicada por primera vez en Inglaterra por Stephenson, fue llevado a cabo por Fiedler y Wepman (1951) con 10 tartamudos (y sólo seis no tartamudos como controles). No encontraron diferencias estadísticamente significativas. Nelson (1955) hizo un estudio más riguroso usando la clasificación Q. Se demostró que los conceptos de sí mismos de los tartamudos se enfocaban más en la tartamudez que los de un grupo comparable de estudiantes de terapia. Los tartamudos tendían a verse a sí mismos en términos de su lenguaje, es decir, como tartamudos. Rahman (1956) también usó esta técnica, pero comparó conceptos reales e ideales de sí mismos de tartamudos y de los controles, y encontró algunas diferencias (en primer lugar, relacionadas con la interacción social) en los conceptos reales de sí mismos, pero muy pocas en los conceptos ideales de sí mismos. En esencia los dos grupos eran similares. Clark y Murray (1965) presentan tres casos estudio que muestran el uso de la clasificación Q y de otras medidas del concepto de sí mismo en el diagnóstico y el pronóstico. En otra publicación, Clark (1965) ilustra el

uso clínico del Índice Illinois de Menosprecio por Sí Mismo, una Tabla de Análisis de la Conducta Tartamuda y la prueba de Dibuja a una Persona.

Otro método para evaluar los conceptos de sí mismos de los tartamudos es la técnica QET (¿Quién eres tú?). Se le pide a los sujetos que respondan esa pregunta repetidamente y de diferente manera cada vez. Zelen, Sheehan y Burgental (1954) le hicieron la prueba a 30 tartamudos y 160 no tartamudos, y encontraron algunas diferencias. Una de las principales se refería a la pertenencia a un grupo. Los tartamudos se conciben en primer lugar como tartamudos (Sheehan, 1954) y luego en términos de otros papeles. Buscaglia (1963) investigó la percepción del rol en tartamudos adolescentes usando una forma modificada de la prueba Sarbin-Hardyck. Encontró que para los tartamudos era más difícil ver su rol en la vida y el de los demás que para los no tartamudos. Sugirió que las diferencias reflejaban la deficiencia social de los tartamudos. En otras investigaciones sobre el concepto de sí mismo se han usado auto retratos de la imagen corporal (Clark, 1963; Fitzpatrick, 1959), la prueba de diferencia semántica (Hansen, 1964) y listas de control de adjetivos (Redwinw, 1959) sin llegar a una conclusión definitiva sobre el concepto de sí mismo de los tartamudos como grupo. Rieber (1963) presenta una revisión crítica de la literatura general sobre los conceptos de sí mismos de los tartamudos.

## **Comentarios**

*Cuando hablamos, debemos ignorar el yo. Pero el tartamudo no puede. No puede olvidar su cuerpo, su boca torcida (Emonds, 1953-1954, p. 43).*

*... mientras más tiempo pase una persona con faltas de fluidez anormales, o mientras más generalizadas sean sus dificultades en términos de palabras o situaciones, o mientras más llamen su atención estos problemas de alguna manera, es más probable que desarrolle un concepto de sí mismo de ser diferente o minusválido. La reacción el oyente o sus propias penas, como la frustración, pueden magnificar sus dificultades. Una de las maneras más frecuentes de magnificar el problema es catalogando al hablante como tartamudo. También se puede magnificar por razones psicológicas subconscientes para ser dependiente o fracasar. Sin importar como ocurra, resaltar la falta de fluidez aumenta la probabilidad de que el tartamudo pase de*

*un concepto de sí mismo de "soy una persona que a veces tiene dificultades del lenguaje", a uno de "soy una persona minusválida" (Luper, 1968, p. 95).*

*En un sentido muy profundo, el proceso fundamental alrededor del cual gira la conducta de lenguaje, de socialización y total de una persona es el proceso del yo. La tartamudez de una persona se determina en gran medida por lo que piense de sí mismo o de su "yo del lenguaje", consciente o inconscientemente (Murphy y Fitzsimons, 1969, p. 115).*

*Era un bailarín con una cara dividida. Un lado, el derecho, era sereno, el cabello bien peinado, el ojo bonito, la cara sin líneas, la boca perfecta. El otro lado, el izquierdo, era tan diferente. El cabello era largo, rizado, el ojo inclinado con una mirada salvaje, el rostro duro y lleno de líneas, el lápiz labial untado y corrido. Esperé para ver lo que pasaría. Sabía que terminaría de una forma o de la otra. Seguí bailando. Lentamente, la boca se puso como el lado derecho. Luego la cara cambió como el lado bueno, después el cabello, hasta que al final toda la cabeza y la cara estaban bien, excepto el ojo izquierdo que conservó su mirada salvaje como si dijera: "Ja, ja, no puedes cambiarme" (Travis, 1957, p. 956).*

*Es evidente que el papel de tartamudo tiene un alto grado de primacía en el sentido de que subjetivamente impregna todos sus otros roles. Aunque los patólogos del lenguaje han puesto énfasis en el rechazo social del tartamudo, son los límites internos más que los externos los que parecen significar más a la hora de explicar su (falta de) participación social (Lemert, 1951, p. 164).*

*¿Usted piensa o habla de su tartamudez principalmente como algo que le ocurre o como algo que usted hace? ¿Usted da por sentado que es "tartamudo" como si fuera un nativo de Tartamudania o quizás como si fuera un tipo especial de ser humano? (Johnson, 1961, p. 172).*

*Era la víspera de Navidad. Recuerdo que soplaban un viento frío y me trillaban los dientes mientras entraba apresuradamente a la ferretería que estaba a punto de cerrar. Un grupo de vendedores me saludó en la entrada. Jadeando, pero sonriendo con una anticipación ansiosa, tomé con orgullo un brillante dólar de plata nuevo en la palma de mi mano y traté de hacerles saber qué quería comprar. "Quiero una na-na-na" fue todo lo que pude decir. Mientras más trataba, tartamudeaba con más rigidez*

*y sentía que se me subía la sangre a las mejillas mientras me apartaba de los vendedores para buscar en el mostrador más cercano con la esperanza de que ahí hubiera navajas de modo de que pudiera señalar lo que quería. Sólo vi batidoras de huevos y coladores, así que otra vez traté de pronunciar la palabra "navaja", pero fue en vano. De pronto los hombres se echaron a reír a carcajadas. Los miré y traté de sonreír, pero sentía como si me asfixiaba. Supe entonces que no tendría sentido tratar de nuevo, así que me di la vuelta y salí corriendo de la ferretería temiéndole no a los hombres, sino a este nuevo y extraño sentimiento de debilidad y vergüenza que nunca había sentido. Me acosté sin dormir por horas, apretando el dólar de plata, preguntándome por qué me había pasado eso y temiendo enfrentar el día siguiente sin aquello que tanto había deseado. Entonces tenía nueve años y había tartamudeado por más de dos, pero no fue sino hasta que ocurrió ese incidente cuando tomé consciencia de mi limitación (Wedberg, 1937. Extracto de The Stutterer Speaks, de Conrad Wedberg. Con permiso de Expression Company, Publishers, Magnolia, Mass., pp. 24-25).*

*... para los tartamudos, los roles disponibles son pocos o no especializados, salvo quizás el de payaso. Es difícil moldear su rol porque el lenguaje efectivo es un requerimiento para la mayoría de los roles sociales. En consecuencia, se reducen a llenar roles ocupacionales convencionales generalmente por debajo de su nivel educativo o laboral, por lo que se convierten en talladores de madera y en transportadores de agua ridículos o extrañamente silenciosos, en sentido figurado. (Lemert, 1967, p.53).*

*El tartamudo suele ser una persona muy agradable. Siempre se puede contar con él para un favor, como pedirle que lo lleve a un lugar, que lo deje fumar sus cigarrillos, y nunca le pide dinero para la gasolina. A usted realmente le gustaría invitarlo a salir con los amigos el viernes por la noche, pero él se sentiría fuera de lugar. No se divertiría (Un tartamudo).*

Van Riper, Charles. The Nature of Stuttering. "The Self-Concepts of Stutterers". Prentice-Hall. EEUU. 1971.

Traducción: Lic. Siu-Lin Bautista C.